



¿Cuánto me quieres?: una pregunta y una exigencia

Alberto Daiber

Médico y Comunicador Social

Cuando me solicitaron hacer un comentario sobre la creación colectiva **De uno a diez, ¿cuánto me quieres?**, accedí inmediatamente sin pensarlo mucho, porque me entretuve y me divertí enormemente viéndola. Inmediatamente después estaba arrepentido, porque no soy crítico, ni conocedor de teatro, ni muy culto. Pero como me comprometí a hacerlo, voy a escribir algunas líneas relacionadas con el tema de la obra.

Tal vez nos hemos alejado mucho de los aspectos más animales de nuestra existencia y, por eso, nuestras conversaciones íntimas nos parecen tan sorprendentes, delirantes y hasta novedosas. Mientras unos disimulan una voluntad reprimida de gozar, otros intentan una pequeña revancha en la lucha por el poder. Las oscuras fuerzas que gobiernan la mente humana aparecen con más fuerza durante la noche y por lo general, en el dormitorio.

De uno a diez... es una creación colectiva que nos presenta una serie de escenas de la vida cotidiana que muestran descarnadamente, y con una buena dosis de humor, lo mentirosos y temerosos que somos los seres humanos en nuestras relaciones más íntimas.

El título de la obra alude simultáneamente a una pregunta y a una exigencia: ¿cuánto me quieres? Una pregunta que nos ha acompañado a todos inconscientemente durante toda la vida.

Cuando esta pregunta inocente se transforma en una exigencia, puede transformar la relación amorosa en un peso difícil de sobrellevar.

El amor, que es un sentimiento espontáneo, nos permite vivir acompañados, muchas veces durante toda

la vida. Al parecer, el amor puede ser alimentado, pero lo paradójico es que mientras más uno intenta amar, menos resulta. Esta paradoja universal es la que enreda todas las relaciones que se urden en esta obra. Creativas variaciones para este diálogo sacado de Ronald Laing: *¿Me quieres? Sí. ¿Realmente? Sí, realmente. Pero, ¿realmente, realmente?*

Hace un par de décadas, Gregory Bateson demostró que existen dos tipos de afirmaciones en la comunicación humana, unas de carácter objetivo y otras de relación. Si digo que mi auto es verde, estoy afirmando un hecho objetivo o al menos una propiedad que parece pertenecer al objeto, pero si digo: este auto es más grande que el tuyo, estoy haciendo referencia a algo que no está implícito en ninguno de los dos objetos y que tiene que ver con la relación de ambos. Cuando una esposa le pregunta a su marido si le gustó el cochayuyo que ella acaba de cocinar con esmero, él le puede responder con honestidad, en el plano objetivo, que no le gustó, lo que probablemente va a desencadenar una pequeña guerra. Piensa responder eventualmente que no. Su dilema es que encuentra que el cochayuyo es pésimo pero no quiere desilusionar a su esposa. Opta, entonces, por decirle que el cochayuyo tiene vitaminas o que tiene un gusto especial, con la esperanza que ella entienda que no le gusta. Ella le sigue cocinando cochayuyo para el resto de su vida. El se siente desgraciado y se desquita fuera de la casa, tomando con los amigos.

Las variantes de esta confusión entre el plano de lo objetivo y el plano de la relación son numerosas: una

mujer exige a su marido que éste sea espontáneo, o que esté en la casa pero, además, con ganas de estar en la casa, al igual que cuando su mamá le exigía hacer las tareas con gusto. O él le pregunta a ella por qué está enojada, porque por primera vez está callada y tranquila.

La prescripción paradójica *sé feliz* o *sé espontáneo* están presentes en toda la obra y están tratadas siempre con humor, lo que permite que todos los simples espectadores como yo se diviertan.

Por suerte, no se ve en este montaje un afán didáctico, pero creo que sería interesante ir a verla preferentemente de a dos. A lo mejor, podría servirles para observar los variados recursos utilizados en una relación de pareja para mantener las neurosis individuales.

Posiblemente, por el hecho de ser una creación colectiva, logra integrar distintos puntos de vista en los conflictos entre los sexos. Hay una gran riqueza de matices y estrategias en estos diálogos amorosos. Creo que sería bueno presentarla tal vez en colegios y universidades, con el objeto de fomentar un mayor *insight* de los estudiantes y de los profesores.

Queda claro que los problemas de relaciones interpersonales son universales y afectan a personas de todas las edades, a mujeres solteras y a jubilados.

Al salir de la sala, me quedaron dando vueltas varios temas que sirvieron para conversaciones creativas:

Cuando lo espontáneo se hace obligatorio, surge una paradoja.

Mientras más intentas dormirte, más difícil es. Es difícil amar por obligación.

Todo esto me recuerda a mi nana que me decía: *Cómete las acelgas que son ricas*. Necesité más de veinte años en darme cuenta que es distinto decir *las acelgas son ricas* que decir *las acelgas son verdes*.

Elena Muñoz y Rodrigo Muñoz en *De uno a diez, ¿cuánto me quieres?*



Rodrigo Bastidas